

LAS ESQUINAS DEL MUNDO

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 60

LAS ESQUINAS DEL MUNDO

por

Macaria España



Instituto Estatal
de la Cultura



EDICIONES LA RANA

*F*ICTICIA

MÉXICO
2018

Este libro fue escrito con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del programa Jóvenes Creadores 2015-2016.

La presente obra es resultado del Seminario para las Letras Guanajuatenses de Cuento Efrén Hernández 2017, con el patrocinio del Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato. El seminario tuvo como asesor a Gonzalo Soltero.

LAS ESQUINAS DEL MUNDO

D.R. © Macaria España

D.R. © Mónica Lavín por el prólogo

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C. V.

D.R. © Ediciones La Rana

Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato

Callejón de la Condesa núm. 8

Guanajuato Centro, C.P. 36000, Guanajuato, Gto.

Primera edición: abril 2018

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño del libro: Armando Hatzacorsian

Foto de portada: Luis Lucacci

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Magnolia 11, Colonia San Ángel Inn, c. p. 01060, Ciudad de México.

www.ficticia.com ficticiaeditorial@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-607-521-094-0

Impreso y hecho en México /*Made in Mexico*

CONTENIDO

EN ESTA ESQUINA

PRÓLOGO DE MÓNICA LAVÍN9

ESQUINA 1

UN PUEBLO OLVIDADO15

LA ESQUINA DE JUÁREZ21

UN MODERNO PAPÁ SOLTERO 23

EL CAMIÓN 25

ESQUINA 2

LA ESQUINA.....31

INSTITUTO LITERARIO 37

PÍPILA Y ZARAGOZA..... 39

LA GUERRA DE LA ESQUINA 43

AHOGARSE EN DÍA DE LLUVIA..... 47

ESQUINA 3

BALA PERDIDA.....	53
EL ASESINO DE LAS ESQUINAS	55
HÉROES NACIONALES	73
EL ESQUINADOR	75
MANIQUÍ PIS.....	81
MARÍA EN AL PAÍS DE LAS ALCANTARILLAS	83

EN ESTA ESQUINA

Cuando Macaria España leía bajo la sombra de los árboles en el Museo Chávez Morado en Guanajuato, donde di un taller de narrativa hace trece años, no sólo era grato el entorno, sino que su voz proponía y prometía. La quietud de la mañana se dejaba punzar con la fineza quirúrgica de sus cuentos breves, de su mirada original. Supe entonces que estaba ante una voz particular, como me pareció el propio nombre de quien ahora nos regala un banquete de cuentos amasados por su oficio, su malicia, su estilo y la mirada única de Macaria España.

Tuve la suerte de coincidir con ella de nuevo como tutora de los jóvenes becarios del FONCA en cuento, en el espacio también ajardinado y delicioso que compartí con Marcial Fernández, editor ahora de *Las esquinas del mundo*. El entusiasmo de ambos queda plasmado en la publicación de estos cuentos que rubrican una presencia poderosa en el escenario de las letras mexicanas.

Hemos recorrido camino y yo paladeo con asombro que lo que sucedía a la sombra de buganvillas en la casa que ocuparon Olga Costa y Chávez Morado, bajo el azul intenso de Guanajuato, era el nacimiento de una voluntad que no naufragó en el camino, sino que mostró los arrestos y el talento para que ahora la leamos a la vera de cualquier escenario.

Macaria España ha hecho de la esquina el universo de sus cuentos, casi todos breves, donde los avatares de la vida y la muerte, la voluntad de sobrevivir, la nostalgia, lo cotidiano, nuestras grandezas y pequeñeces han ocurrido. Interesante planteamiento para una palabra cuyo sentido figurado dice mucho, el pensamiento esquinado, lo ambiguo, el punto donde se tocan dos mundos, ese doblez. La vida y la muerte. En este mundo de esquinas que en la traza urbana ser cuatro sería la normal (existen la plaza de las siete esquinas en Guadalajara), Macaria escoge tres para contar lo que en ellas sucede. Las mira como si les buscara el revés, y una lógica distinta, porque en ese punto donde podemos llegar de uno u otro lado, todo puede suceder. Si para Alicia la del País de las Maravillas la entrada a otro orden del mundo era un hoyo, para Macaria España las esquinas son los vértices donde lo uno y lo otro converge y se despiden, “las esquinas son del diablo” dice un personaje. Por eso uno de los cuentos está dedicado al oficio perdido de los esquinadores que nos permite entender la particular naturaleza de ese espacio: aquel grupo de hombres “que tenía el don de amansar las esquinas. No todo mundo sabe que las esquinas nacen salvajes, ellas no quieren estar quietas, son como potrancas de valle; indomables, con una furia en sus verticales y perpendiculares que sólo un buen esquinador puede llegar a domesticar”.

Pero Macaria, como buena esquinadora, nos revela lo que las esquinas mascullan a nuestras espaldas además de ser paraderos del comercio sexual y de cantinas que de por sí son esquinadas. Esquina bajan, uno entra a este mundo bajo la mirada aguda y sorpresiva de la autora que sabe que sembrar cadáveres es un oficio de este tiempo y donde más vale saber en qué esquina se mira uno si pretende salir

ilesos de una prosa nada inocente. Celebro que, en esta esquina, Macaria España se suba al *ring* del cuento para ganar por *knock out*.

Mónica Lavín
Abril 2018

ESQUINA 1

UN PUEBLO OLVIDADO

Yo no quería ir, pero me obligaron. Faltaba poco menos de una hora para que terminara mi jornada laboral cuando el secretario, ése que sólo veía en los informes de gobierno, bajó a mi oficina para decirme la encomienda: tenía que salir de inmediato hacia un pequeño pueblo llamado El Tartalán, del cual jamás había escuchado y que estaba perdido entre los montes.

Gracias a mi puesto como Coordinador de Estadística evitaba las extenuantes idas a campo, pero esa tarde fue imposible. No podía alegar con el secretario, a menos que quisiera perder mi puesto y esperar tres años a ver si la nueva administración me contrataría.

Eran casi las siete de la tarde cuando llegué a Colpan, un lugar que ni siquiera salía en los mapas. El sol arrebolaba las nubes, la noche comenzaba a lamer los cerros.

Colpan era un pueblo pequeño, apenas unas cuantas calles empedradas salían de la avenida principal, la única pavimentada. El sitio parecía un cuadrado; se observaban a simple vista las esquinas en donde iniciaba y terminaba el poblado. No había movimiento, sólo algunas luces comenzaban a alumbrar alrededor de las casas pequeñas.

El tiempo seguía corriendo y yo necesitaba hacer lo mismo para llegar a El Tartalán antes que anocheciera.

Detuve la camioneta en la última casa al final de la calle. Afuera estaba un señor sentado en el bordo de la puerta. Me bajé para estirar las piernas que, tras casi cuatro horas de viaje, sentía adormecidas. Caminé hacia él. Sonreía mientras me acercaba. Quería preguntarle si iba en la dirección correcta, llevaba las horas contadas y no quería contratiempos para llegar a El Tartalán, una comunidad aún más alejada y pequeña que Colpan.

—Buenas tardes señor, disculpe, para El Tartalán, ¿este es el camino correcto?

Me dio la impresión de que el anciano quería observarme mejor, porque se acomodó unos gruesos lentes que llevaba sobre la nariz que parecían deformarle la mirada. Me inspeccionó de arriba para abajo, como buscando algo que en apariencia no encontró.

—Dé vuelta en esta esquina a la izquierda y siga derecho, todo derecho y dará con El Tartalán. Pero ¿por qué quiere ir para allá? A esta hora no le recomiendo que vaya.

Por supuesto que no quería ir a El Tartalán, no era un viaje de placer, sino de trabajo. Se trataba de la entrega de apoyos y estábamos a marchas forzadas, verificando el padrón de beneficiarios que, en este caso, era una nueva comunidad anexada, por lo tanto, había que empezar el levantamiento desde cero. Y yo, por desgracia de mi puesto, tenía que ir a hacer un mapeo primero.

—Soy de la Secretaría de Desarrollo Agrario y voy a corroborar unos datos, pero he salido un poco tarde de la ciudad y quiero llegar pronto. ¿Cómo cuánto falta? —le dije mientras le enseñaba mi acreditación que llevaba colgada del cuello.

—Para llegar le queda como una hora y media a buen paso, pero lo va a agarrar la noche y los sembradíos a oscuras son peligrosos. Nadie de Colpan va para allá. Siendo honesto, hace mucho que nadie va para El Tartalán.

Sentí un poco de temor anidarse en forma de gota de sudor junto a mi oreja izquierda, pero a la vez la curiosidad que mata a los gatos me picó cuando mencionó el peligro. Como animal de oficina, no acostumbro la adrenalina.

—¿Por qué es peligroso pasar por los sembradíos? —pregunté, creyendo que de ahí salían ladrones como se rumora que sucede en algunos pueblos—. ¿Y por qué no va nadie para allá?

—Mire, los caminos por aquí son peligrosos, pero ése en especial lo es porque no tiene luz, de noche eso ayuda a que sucedan cosas extrañas.

Estaba cansándome un poco del misterio que quería imprimir ese hombre a su plática, era obvio que, al verme fuereño, me quería asustar.

—Bueno, pero no me ha dicho qué cosas extrañas suceden que nadie quiere ir a El Tartalán.

—Pues, no van porque dicen que, en la noche, en los sembradíos, se levantan los muertos.

Si no hubiera sido por el semblante reacio del anciano, hubiera lanzado una carcajada o algún comentario sarcástico, pero su cara sombría me contuvo. Yo no creía en esas cosas.

—¿Muertos? —pregunté con burlona incredulidad.

—Sí, los muertos de los sembradíos —contestó seco.

—No sé de qué habla, ¿es una leyenda de este rumbo?

El anciano, que había estado sentado todo el tiempo, se paró acercando mucho su cara hacia mí, como si fuera a contarme un secreto, algo que nadie más debía oír y, aunque no había nadie alrededor, parecía que el aire nos escuchaba.

—En El Tartalán la gente siembra cadáveres en sus parcelas. Así como nosotros sembramos frijol, ellos siembran cuerpos —me dijo en voz baja.

—¿Cómo? ¿Matan gente y la entierran?

—No muchacho, tal vez seas muy joven y de otros rumbos para entender, pero en El Tartalán ni Dios ni el diablo se acordaron de pasar. Era un pueblo sumido en la miseria, sus tierras no eran fértiles. Sembraban maíz y no salía nunca la milpa, frijol, sorgo y lo mismo, nada se les daba.

—¿Y entonces?

—Pues entonces pasó que un día encontraron a un muertito en una de sus parcelas. No dijeron nada a la policía por temor que les echaran la culpa. Lo dejaron ahí tirado y regresaron a verlo dos días después; fue cuando se dieron cuenta.

La historia me tenía intrigado, ni siquiera me había dado cuenta de que los faroles de las calles se habían encendido. La noche nos vigilaba. Y era tarde para irme.

—Se dieron cuenta de qué —pregunté impaciente.

—De que al muerto le habían nacido cientos de gusanos. Pero no gusanos cualesquiera. Unos gusanos grandes, brillosos y gordos, que nunca habían visto. Agarraban el color de lo que se comían y se tragaron rápido el cadáver, pero nada más lo de adentro, dejaban el cuero, como si fuera un cascarón; después de unos días al sol el cuerpo era como un judas de cartón.

Mi clásico escepticismo se veía comprometido ante esta historia. Por momentos pensaba que era absurdo estar escuchando a ese viejo, pero imaginar a los gusanos devorando carne humana me causaba escalofríos. No había tenido esa sensación desde los ocho años, cuando se murió mi abuelo y vi su cadáver en el funeral.

—¿Pero entonces qué hicieron los pobladores?

—Pues vieron que, si no se les daba sembrar maíz, podían sembrar cuerpos. Y empezaron a llevarse los muertitos que nadie reclamaba para sembrarlos en sus parcelas. Después alguien le contó la historia a gente mala y empe-

zaron a tirar cuerpos por todo el campo de El Tartalán. La gente no preguntaba y sólo los sembraba. A las pocas semanas tenían toneladas de gusanos. Algunos los usaban para su propio consumo, dicen que hacen una sopa muy buena y nutritiva. También sacaron metros de cuero curtido que vendían.

Nunca había escuchado de ese pueblo y muchos menos que sucedieran esas cosas. ¿Por qué la Secretaría no se había dado cuenta de eso? ¿Por qué me mandaban a buscar beneficiarios para los programas de apoyo al campo?

—Pero ¿el gobierno sabe de esto? —pregunté asombrado.

—Claro que sabe, sino quién cree que les manda tanto cadáver. Aunque también les mandan vivos, a quienes también siembran. Son más de mil hectáreas de puros sembrados. Hay de todo: mujeres, hombres, niños; son miles.

—¿Y los periodistas? ¿Nadie ha venido a investigar?

—Mire, este es el único camino que lleva a El Tartalán, por aquí han pasado muchos de ida, pero jamás de vuelta.

Respiré hondo. Ahora muchas cosas tomaban forma en mi cabeza. El hijo del secretario acababa de graduarse con honores en una universidad privada del extranjero y había escuchado rumores de que le daría un puesto en la Secretaría. Podría ser el mío.

—¿Y por qué dicen que se paran en la noche?

—La gente dice que se despiertan y se paran, que quieren regresar a su casa. Pero como la mayoría ya no tiene ojos, porque se los han comido los pájaros o los gusanos, nomás se paran, se caen y dan vueltas por la tierra.

Me parecía irreal. A pesar de mi incredulidad, en este caso podía sentir que una verdad profunda me acababa de ser revelada.

—Pero si usted dice que nadie ha ido para allá, ¿cómo sabe qué todo eso sucede en El Tartalán?

PARA LA ELABORACIÓN DE ESTE LIBRO SE UTILIZÓ EL TIPO
MINION; EL PAPEL FUE BOND CREMA DE 90 GR. LA IMPRESIÓN
Y ENCUADERNACIÓN DE *LAS ESQUINAS* FUERON REALIZADAS POR
JOSÉ RAMÓN AYALA TIERRAFRÍA, JOSÉ ROMÁN LÓPEZ GONZÁLEZ Y
MIGUEL ÁNGEL SOLANO CUÉLLAR EN EL TALLER DEL IEC,

EL 20 DE ABRIL DE 2018.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.